

*CURRO ROMERO:
UNA EXPERIENCIA ESTÉTICA PROFUNDA*

José Suárez-Inclán*

«El arte es lo único que tenemos contra el olvido.
Pero es una tentativa muy frágil, son muchos más los
olvidados que los recordados»
Javier Santiso



El 17 de noviembre de 2022 vi en televisión una entrevista al escritor extremeño Luis Landero. No hacía mucho que había leído *El balcón en invierno*, novela en la que, a través de un recorrido por su infancia y adolescencia, indaga en las claves que le llevaron a hacerse escritor, en la necesidad de escribir. Me conmovió. Luis, hombre reposado, cuenta con regusto melancólico su paso del campo a la ciudad. Porque antes de llegar a Madrid y hacerse aprendiz de mecánico, dependiente de ultramarinos, guitarrista de flamenco —olvidaron mencionar que también probó el toreo—, el que fuera nieto de *Frasca*, «la reina de las pastoras», se había criado en el campo, sin luz eléctrica, sin agua corriente, casi sin coches. Me vino a la cabeza, no sé por qué, la figura de Curro Romero, el niño de Camas, zagal de ganado en el cortijo Gamboaz, la finca de Queipo de Llano, que dejaría el campo para hacerse mandadero de botica en Sevilla. Y así como Landero decía que ser escritor es resistirse a abandonar la infancia, conservar algo del niño que se fue, el asombro, la mirada limpia y enriquecerlo con

* Escritor.

la experiencia adulta –los placeres del barrio, el cine, las chicas, el tabaco rubio americano–, Curro no olvida que es alma de campo. Aunque conozca y pruebe los placeres y sinsabores de otros mundos.

«En el fondo, aunque no he sido torero de comprar cortijos ni ganaderías, yo sigo siendo de campo, y me sigue gustando estar en el campo, andar por el campo. Escuchar el campo. Que parece que te habla. [...] A mí el campo me encanta, la soledad del campo. [...] La verdad está en el campo, no en las ciudades, lo de las ciudades es todo mentira. La vida está en el campo, lo natural»¹.

Y si ser escritor es resistirse a abandonar la infancia, seguramente ser torero –ser artista– también lo es². «A lo mejor esa niñez que no la tengo presente, que la tengo olvidada, arrinconada ahí, que no la saco, es la que me ha hecho así» –reflexiona Curro. Y a lo mejor, unir el juego a una primaria e inevitable condición terrestre, natural, de campo, es clave para entender el toreo profundo y natural de Curro Romero. Torea lento, como el paso del tiempo, como las estaciones.

Es consustancial al toreo, anterior a su ceremonia, a su ordenación cívica –ciudadana– y a su arte, guardar el misterio de su relación con la tierra. El toreo es un misterio terrestre por encima de todo. «Torear es tener un misterio que decir y decirlo», dijo Rafael *el Gallo*, otro torero niño y terrestre, otro artista del misterio. Curro Romero es ceremonia –«El toreo indudablemente es un rito y se tiene que mantener como un rito», nos dice–. Y también armonía, ordenada presencia, cabeza y corazón, civilizado arte. «El corazón es la cabeza, y los buenos sentimientos, y usar la inteligencia y aplicarla». Pero Curro Romero posee sobre todo, como la mayoría de los grandes

¹ Todas las citas en las que habla Curro Romero están extraídas del libro de Antonio Burgos y Curro Romero (2005).

² Suárez-Inclán (2020: 502-526).

toreros cuyo hacer emocionado los levanta —«algún misterio tienen escondido que las levanta», decía Miguel de Cervantes sobre sus novelas ejemplares— una luz inefable y personal³, luminosa y nocturna a su vez, secreta, fruto de un misterio terrestre. Antiguo. De ahí su modernidad. Su inmunidad al paso del tiempo y a las modas: su eternidad. Y Curro Romero siempre ha sido fiel a sus orígenes terrestres y profundos. Nunca se dejó acunar ni seducir por las añagazas de las modas. Desde sus inicios como novillero. Qué difícil, qué seguridad en su timidez, qué lealtad a la llamada originaria, al inconsciente colectivo del campo y su soledad. Con los pies en la tierra. Él dice con la llaneza y el temple de su pensamiento: «En el debú de Sevilla estábamos los dos allí, toro y torero, llovizneando, yo con las zapatillas quitadas y con las medias empapochadas en agua, y sintiendo en la planta de los pies la tierra, el campo de donde yo venía»⁴.

³ «Yo tengo conciencia de que estoy haciendo una cosa única, de que yo soy yo, y si me salen las cosas, hago cosas que a lo mejor otros no hacen. Pero no por eso me creo nada» —dice Curro.

⁴ Parece que la lluvia hubiera sido una constante, cierta casualidad mágica en las tardes de Curro. La lluvia del día de su aparición en Sevilla, la lluvia de su confirmación en Madrid con Pepe Luis Vázquez y Manolo Vázquez, dos mitos del toreo sevillano. Pero se suspendió. No así cuando en la feria de San Miguel del 64, con la deliciosa lluvia del septiembre sevillano, hizo la que él considera la mejor faena de su vida a un toro de Manolo Camacho. O el quite a Antonio Ordóñez con un toro de Benítez Cubero en la feria de Sevilla en el 67. Y en Las Ventas, aquella inolvidable faena de la lluvia del 81, con toros de Garzón, en la que *Antoñete* hizo retornar con la muleta todo el toreo clásico, Paula con el capote todo el toreo romántico y Curro el toreo inasible, incommensurable, el que no se puede describir, ni recordar con exactitud, pero queda grabado en el alma como una iluminación. «En Madrid los relojes no marcan el tiempo. Se han parado a las 20:30 h de la tarde de un miércoles de lluvia que pasará a la historia. A la historia de la tauromaquia, por supuesto, pero también a la historia de esta villa y corte. Aquí, a esa hora de ese día, en la barriada de Las Ventas del Espíritu Santo, Curro Romero volvió a inventar el toreo» —escribió Joaquín Vidal para *El País*. Era un 22 de mayo. El día de la lluvia se le llama aún en Madrid.

Muchos toreros han dicho cosas parecidas. Casi todos las han sentido. Recuerdo palabras similares de Paco Ojeda que, mientras toreaba en la plaza, evocaba las miradas que sostenía con los toros en el campo, o a Morante de la Puebla en Barcelona, cuando se estaba despidiendo de la Plaza Monumental para siempre, cerrada absurdamente por la coyuntura política de las tristes disputas y reivindicaciones nacionalistas: sentía Morante que las piernas se le enterraban en la tierra, que la tierra le llamaba y tiraba de ellas para llevarle hasta el mar, hasta el mar Mediterráneo. El mar que guarda el secreto de las fiestas y ritos del toro. El que contempla el rapto de Europa para civilizarla a lomos de un toro albahío.

Tierra y agua en el toreo de Curro Romero. «A mí me gusta asentar las dos plantas de los pies bien en la tierra para torear con el capote, [...] las plantas están ahí puestas y yo la verdad es que no las he movido de donde las ponía cuando empecé a torear». Y el descubrimiento tardío, pero definitivo, del mar. Curro se haría una casita en Marbella, en el monte, separada del pueblo, donde pasa las horas mirando el mar, la costa de África, las luces de la noche.

«Hasta los 20 años no vi el mar, si seré de campo... Quizá por eso, por el contraste, me guste ahora tanto el mar, pasear por la orilla del mar, por la arena seca [...] Caminatas largas, por la arena seca, porque yo soy de los que soportan la soledad perfectamente, la de cosas que vas pensando cuando vas andando solo por la orilla del mar y lo claras que se te van poniendo las ideas».

Los toros, modernizados y reglamentados desde la Ilustración, han trasladado el campo hasta la ciudad, pero siguen siendo una fiesta de la tierra.

«Se introduce el campo en la ciudad –digo, en *A los toros* porque la ciudad no puede, no sabe o no quiere prescindir del campo. También en las fiestas de toros se mantiene el campo en

las ciudades, porque las ciudades nunca han dejado de estar en él, y el héroe agrario vuelve, vestido de oro, en el torero. [...] El fundamento de la modernidad de los toros será, posiblemente, su civilización. Pero la clave de su sorprendente actualidad es su indomable resistencia a domeñarse a lo urbano. Un ancestral soplo de campo en la ciudad y un desconcertante contraste. He aquí su verdadera modernidad, su antigüedad y su extrañeza. Cuando usted vaya a los toros en una ciudad no olvide mirar lo que queda de campo: el estiércol de las mulillas [...]; el olor a cuadra del patio de caballos, [...] boinas y sombreros de paja en los tendidos; la merienda, el sol, la tierra, el polvo y el agua que las riega; el grito del torero llamando al animal. Y sobre todo el toro, siempre el toro»⁵.

Y el toreo niño y terrestre de Curro, el toreo hermético —por libre e inspirado, por secreto, por su aire gitano— y apolíneo —por su luz, su armonía, sus espacios y tiempos sosegados, medidos— escapan a toda reglamentación. «El toreo, como todo en la vida, tiene que ser verdad y libertad, no autoridad y reglamento». Arte único, el toreo, en el que la libertad y el desgarró de su romanticismo intensifican la luminosidad de su clasicismo. En el genio de Curro se funden ambas tendencias.

Habla Landero, a propósito de la escritura, de hacer las cosas con *jeito*, no por el afán de éxito, sino por el gusto de hacerlo bien, con habilidad. Como el niño cuando juega —el toreo niño, bien hecho, el del juego definitivo, por mortal, pero jeitoso, el toreo de Curro Romero— no necesita que lo miren ni lo admiren y sin embargo hace las cosas muy bien hechas, con mucho esmero. Y dice Curro: «Aquel novillo de Benítez Cubero, y lo llevaba a mi aire, como jugando un poquito. Juego peligroso, pero juego. [...] Hay toros que les gusta ese juego de que los acaricien. Es muy bonito acariciar. El toreo es como acari-

⁵ Suárez-Inclán (1993).

ciar». Jugar, acariciar y hacerlo con valor. Valor con el toro, sin aspavientos ni afectaciones, que no se note si es posible «que desde arriba parezca que los toros hasta huelen bien».

«El valor lo tiene toda aquella persona que es consciente de lo que se está jugando y trata de acariciar las embestidas y torear despacio. Yo cuando estoy a gusto pongo la muleta delante y no quiero que aquello termine nunca».

Y valor ante el público, para no plegarse a sus deseos y a las tiranías de las modas: «Si tú sientes una cosa y no la puedes realizar y te dejas llevar por los demás, estás perdido. Si no tienes personalidad no llegas a ningún sitio. Hay que ser siempre coherente con uno mismo». La coherencia del maestro de Camas le ha costado muchas broncas, mucha desolación, cuando, frente a tantos toros que no le servían para desarrollar su arte, procuró una lidia rápida —oficio antiguo, del toreo de siempre, de la más genuina escuela rondeña— y los mató a la espera de otro al que pudiera cuajar con emoción. No falta humor en esa espera estoica de Curro, de la mejor cepa de la sabiduría andaluza:

«Los años en que la gente iba a verme con rollos de papel higiénico, que también se necesitan ganas de ir a la droguería a comprar los rollos, llevarlos a la casa, cogerlos para ir a los toros, llevarlos debajo del brazo, tenerlos en el tendido hasta que acabo la faena y tirarlos...».

Y no faltaron asimismo aficionados, devotos del currismo, ese arte imposible, que siempre le supieron esperar. Quizá por eso vistió tanto de esperanza y oro. «El currismo: yo esto lo entiendo, porque lo que estos partidarios de entonces sentían conmigo, y lo que han sentido los que han venido después y también han sabido esperarme, era lo mismo que yo sentía por Camarón». Porque «el toreo, que es una de las artes más grandes, se tiene que dar de cuando en cuando. Hacerlo más seguido es imposible». Y mientras tanto, lidiar, matar los toros con los menos pases posibles, con

doblones y macheteos, de pitón a pitón, sin aburrir, sin cansar, sin engañar. Desengañando al toro y desengañando al público. Con la verdad por delante. Ese es también el mal entendido no-toreo de Curro, su lidiar antiguo y eficaz. Un oficio que aprendió de su amigo Domingo Ortega:

«...lo vi torear en los tentaderos de su casa, y era una maravilla la forma de torear, con un temple inmenso... Ha sido uno de los toreros que yo he visto torear mejor con el capote⁶. [...] Y de Domingo Ortega aprendí lo que es torear con la muleta de pitón a pitón para resolver las papeletas difíciles».

Deja Landero el campo y la infancia apartados en la entrevista para abordar lo que constituye el objeto esencial de su vida: la escritura. «Yo era poeta y ante todo quería ser poeta. Me daba un lugar en el mundo y, ante todo, seguridad». Avanzada la charla, hablando de su labor como profesor de Lengua, insiste en que los alumnos escriban dos horas semanales para que se entrenen en la concentración, en la soledad y en la lentitud, tres aspectos claves para el arte y para la vida. Saltan a la vista las similitudes con el arte personal de Curro. Y con la seguridad de saberse un poeta, lo inexplicable de la poesía del toreo:

«Lo mío ha sido siempre torear más despacio. El toreo que tiene exposición, que es como me siento. Me gusta obligar a los toros, cambiarle las trayectorias, no hacerlo superficial, en línea recta. La muleta, con más matices, con formas distintas de rematar las suertes, esos desplantes en su tiempo, en su momento. Uno no lleva pensado nunca nada, eso es lo bonito, se hace

⁶ No he podido olvidar cuando Domingo Ortega, con setenta años, bajó a la arena de la placita de El Batán, para firmar una lección de toreo con los alumnos de la primera promoción de la Escuela Taurina de Madrid. Ante la dificultad que uno de ellos tenía para fijar a una becerro, pidió un capote; se hizo un silencio reverencial, temeroso también, y en tres lances precisos y despaciosos, sin perder un paso, dejó fijo y asombrado al animal. Y a los que allí estábamos.

lo que va saliendo. Eso no se puede explicar. [...] El sentimiento engancha desde el pelo de la cabeza hasta el dedo gordo del pie. El sentimiento llega a todo el cuerpo y cuando llega es un escalofrío que se estremece uno. [...] Cuanto más despacio mejor. Arrebujao, ligao y despacio. Y poder ligar los pases y arrebujarse con el toro, que todo aparezca suave y sin forzar nada. Es el toreo que he hecho y buscado siempre. Y es un toreo de muñecas, no es un toreo de recursos. [...] Porque yo no entiendo el toreo sin emoción, y la emoción nace de la ligazón, pase a pase no se puede emocionar a nadie».

Y es en esta emoción donde se puede alcanzar una experiencia estética profunda. Explica Landero que escribir es una cosa rara, una experiencia estética.

«Hay mucha gente que presume de experiencias estéticas, cuando sale de un museo o cuando ve un paisaje... pero no, no es cierto. La experiencia estética es algo mucho más profundo y raro. Y una experiencia estética realmente fuerte es la que uno siente escribiendo cuando realmente conecta con el tema y cuando realmente empiezan a salir cosas que no estaban previstas, cosas que a ti mismo te sorprenden. Es una experiencia estética extraordinaria, que es como enamorarse. Entonces, del mismo modo que en el amor es muy difícil, por no decir que imposible, explicar qué es el amor –“quien lo probó lo sabe”⁷–, lo mismo pasa con la experiencia estética. Lo único que vale en el arte es lo que no se puede explicar, lo que en el arte se puede explicar no es arte».

Es de suponer que todos los artistas, en las variadas disciplinas de las artes, desde la literatura, la música, la pintura... hasta el toreo, la más singular de todas ellas, habrán tenido alguna vez una experiencia estética profunda. Pero son pocos –y elegidos– los que han sido capaces de trasladar esta experiencia

⁷ Último verso del soneto de Lope de Vega “Esto es amor”.

a quienes hacen partícipes de su arte. A quienes lo leen, lo escuchan, lo observan... o asisten cómo público a una corrida de toros. Curro Romero es sin duda uno de ellos. No hay que saber ni entender de toros para experimentarla, para sentirla con intensidad. Y cuando eso ocurre se produce en nosotros una transformación. Dejamos de ser nosotros para elevarnos a otra



Fig. n.º 4.- Curro Romero en un desplante. Fotografía de Arjona. Imagen cedida por el autor del artículo.

dimensión. Cuerpo y alma se revelan más leves, más ajenos, y así, enajenados, siendo más Curro Romero que nosotros, entramos en el inexplicable universo del arte. Del arte de torear. O mejor, de torear con arte. No nos hemos hecho partidarios –como él dice– de Curro; nos hemos transformado por Curro. Y,

en cierto modo, en Curro. El currismo no es una afición, ni una ilusión. No es una militancia partidaria. Es una transformación espiritual, y como tal, una mística. Inexplicable como toda mística. Y como toda mística, con una intensa carga infantil. O mejor, niña. Espontánea, jeitosa. Sencilla, irracionalmente hermosa.

Hay emociones que recordamos con intensidad desde la infancia, quizá no con exactitud, pero han dejado un territorio luminoso en el recuerdo. Ya nunca se pierden. Me transporto a la adolescencia: he acompañado a mi tía Pilar al Vaticano y me ha dejado en la Capilla Sixtina, solo, fuera de horario, mientras hacía sus gestiones. Por esos años descubrí la poesía de San Juan de la Cruz, leí *Hamlet* y lo vi representar, no olvido el *Tío Vania* de Ángel Gutiérrez y Pepe Calvo; escuché unos tangos a Camarón, a *Telemann* por *St. Martin in the Fields* y a Leonard Cohen en concierto. En otra ocasión —esto fue antes— me encontraba en una pequeña sala del Museo del Prado cuando me envolvió una luz milagrosa, era la luz azul y verde del atardecer —¿o del amanecer?— de la vida desde la barca que pasaba la Laguna Estigia desde los pinceles de Patinir. Muchos años después quedé paralizado ante la masa de agua que se despeñaba en Iguazú y ninguna música me ha conmovido tanto como la del río deslizándose entre las piedras o la del aire entre las hojas. O el sol desapareciendo cada tarde tras las montañas de Ronda. Todo ello, arte y luz, el prodigioso arcano del silencio, me sorprendió cuando me encontré, con mi amigo José María, viendo atardecer a través de las viejas y sucias vidrieras en la catedral de Sigüenza. Y también, cuando otra tarde, en las fronteras de la infancia, vi torear a Curro Romero. De pronto se hizo una pausa, un silencio. Y un estallido de oles clamorosos en arrebato colectivo.

No era yo en ningún caso ni el pintor, ni el actor, ni era el Dios de los hebreos contemplando el mundo recién creado. Ni mucho menos el torero. Pero en esas contadas ocasiones, me transportaba. Con profundidad transformadora. Eso es lo que me

ocurrió cuando, en la feria de San Isidro del año 67, un viernes creo, en el que salíamos del colegio antes, me llevó mi padre a los toros y vi por primera vez, con doce años, a Curro Romero. Muchos toreros me habían gustado antes y muchos me han apasionado después: Antoñete, Camino, el inimitable Rafael de Paula –con quien más me he emocionado y he sufrido–, Curro Vázquez... Pero es con Curro Romero con quien se produjo la torrencial descarga emocional por primera vez. Una emoción que él describe de forma parecida a como lo hacen los místicos en sus experiencias –siempre inexplicables– de unión con Dios. Una especie de sentir del más allá, extrahumano, que confunde y aturde el cuerpo y los sentidos... Secretos y cantos nocturnos de Hermes, armonía luminosa de Apolo. Sevilla y Ronda. Curro Romero:

«Un toro cuando se entrega, le pasa como a un torero cuando se entrega: que te deja rajado por dentro. [...] Se pone a la misma altura que el acto de amor. Lo más importante es la vida y tú la das, la estás entregando allí delante del toro y la puedes perder. [...] Eso es una sensación de alguna cosa que me entra por mi cuerpo. Algunas veces me parece que voy volando, pierdo el sentido del tiempo. Ha habido veces que he perdido el oído, se va y se viene. Ni me pesa mi cuerpo. Yo estoy muy concentrado, y la cabeza la tengo muy en mi sitio cuando estoy toreando, pero son unas sensaciones que están por encima de ti, como si te sacaran de allí donde tú estás delante de ese toro. A gusto. Despatarrao. [...] Se me abren los pulmones, es como si se me abriera el cuerpo, y no respiro ni jadeando ni como asfixiado, a pesar del esfuerzo. La respiración es completamente normal, mi cuerpo está relajado. Yo ni siquiera sudo toreando. [...] Es un lance como así sedoso. De los que uno sueña que los está dando y no sabe si los está dando o los está soñando. [...] Que te parece que el lance que has dado es el mismo lance que vas a dar otra vez, y los muletazos, lo mismo, que siempre son el

mismo muletazo. Un muletazo que, como estás a gusto, no se termina, aquello tiene todo una unidad, una armonía perfecta. [...] Y yo siento que soy el mismo de siempre, igual que de chaval, que soy el mismo, que mi cuerpo ahora es el mismo de entonces, porque no siento el cuerpo, [...] son las muñecas solas las que están toreando, son las piernas solas las que están allí. La cintura sola, flexible, sin gravedad, todo sedoso, hoy todo como una inmensa caricia. El toreo es como acariciar. Torear es convertir algo violento en algo bello, saber que llevas dentro la verdad. [...].

Escucho el runrún, y siento los ojos de las gentes en la nuca, [...] se abre todo, el cuerpo se te desgarras como en un cante, todo es como si tuviera otro sentido».



Fig. n.º 5.- Curro Romero ejecutando una media verónica en la Plaza de la Maestranza, durante la feria de abril.

BIBLIOGRAFÍA

- Burgos, Antonio y Romero, Curro (2005): *Curro, la esencia*. Madrid, ABC.
- Cervantes Saavedra, Miguel de (2005): *Novelas ejemplares*, Madrid, Galaxia-Gutenberg.
- Landero, Luis (2014): *El balcón en invierno*, Barcelona, Tusquets, Col. Andanzas.
- Suárez-Inclán, José (1993): *A los toros*, Madrid, La productora de Ediciones.
- _____ (2020): “El toreo niño de Rafael de Paula”, en *Encuentros en Catay*, nº 33, págs. 502-526.
- Vega Carpio, Lope de (2013): *Poesía selecta*, Madrid, Cátedra.

